

El hablador

Vargas Llosa, Mario. 2010 (1ra. Reimpr.). *El hablador*. México: Editorial Alfaguara. 269 págs.

Luis Alberto Montenegro Mora

Director Editorial UNIMAR

Universidad Mariana

Mario Vargas Llosa es uno de los autores latinoamericanos más influyentes en el mundo de las letras, ya sea por su extensa obra verificable en el sin número de textos que la componen, como también -y más aún- por los temas que aborda y ficciona, donde presenta mundos posibles ante las crudas realidades que no son tan simples, ni tan lejanas como las concibe el hombre, especialmente, el europeo, extranjero, colonizador, opresor. La obra de Vargas Llosa, se caracteriza por ser -de alguna manera- componente de las distintas etapas de la literatura en el continente americano; por lo anterior, cabe mencionar que Vargas Llosa fue parte del “boom”, resultado entre otras cosas, por la incorporación al canon literario de occidente de la novela hispanoamericana, lo que facilitó la visibilidad e impacto a nivel mundial de la literatura americana. Una de las principales características que contiene la novela del boom, es la expresión de la realidad hispanoamericana que influyó en los autores, por lo que los escritores que pertenecieron a este movimiento, tomaron posturas revolucionarias desde la escritura.

De esta manera, el periodo del boom para Vargas Llosa fue el más productivo -los sesentas-, en donde se ubican obras como: *La ciudad y los perros* (1963), *La casa verde* (1965), *Los cachorros* (1967) y *Conversación en la catedral* (1969). En cuanto al “posboom” -setentas y ochentas-, las novelas de Vargas Llosa destacadas son: *Pantaleón y las visitadoras* (1973), *La tía Julia y el escribidor* (1977), *Historia de Mayta* (1984), ¿Quién mató a Palomino Molero? (1986), *El hablador* (1987), *Elogio de la madrastra* (1988), *Lituma en los Andes* (1993) y *Los cuadernos de don Rigoberto* (1997).

Por lo anterior, Vargas Llosa se renueva, hecho que le lleva a repensarse tanto literariamente como temáticamente, pasando de ser un escritor moderno a uno posmoderno; por lo cual, la novela *El hablador* significó en su momento y significa en el hecho actual, la crítica y opinión contestataria a los movimientos colonizadores, autoritarios, opresores y verdugos de los pueblos -especialmente los latinoamericanos-. En la fase posmodernista Vargas Llosa involucró tanto la responsabilidad social del ser peruano -como parte de su deconstrucción-, como también aspectos de su propia vida, lo que le permitió la fusión desde la experiencia del vivir y el recordar histórico, la configuración de lugares, personajes y hechos que de alguna forma u otra tratan de llenar vacíos que muchas veces la misma “realidad” no puede. Es precisamente durante este periodo que Vargas Llosa juega un poco más con la diversidad cultural, las tradiciones autóctonas, la oralidad y la lucha social, por lo que para muchos es una etapa de madurez del escritor.

De esta manera, *El hablador* presenta una vez más, la creatividad narrativa y estilística propia del peruano Mario Vargas Llosa, quien es capaz de alternar con gran sofisticación dos narraciones que cuentan un mismo hecho, posibilitando a los lectores, el tener una mirada más amplia, crítica y reflexiva sobre las problemáticas que se desarrollan en la obra.

Mario Vargas Llosa publica la obra *El Hablador* en el año de 1987, en ésta relata de manera cautivadora y llamativa, algunas de las costumbres, tradiciones, mitos e historias que el pueblo machiguenga ha constituido y desarrollado. La novela cuenta con dos narradores, por lo que esta se divide en ocho capítulos, en donde los capítulos pares son enunciados por Vargas Llosa, narrador de la historia, y los capítulos impares, son expuestos por su amigo Mascarita, es decir, Saúl Zuratas, que en definitiva es el “hablador”.

En la novela, Vargas Llosa aborda el dilema existente entre lo moderno y ancestral, y como el “progreso” atenta de alguna manera con la esencia cultural, explayándose aún más, tanto que no sólo es un tema de los machiguengas sino también, de la inmersión del discurso eurocentrista en los pueblos latinoamericanos, en donde desarrolla a lo largo de sus capítulos los postulados de la teoría poscolonial, designando a cada narrador una posición frente a un hecho en particular.

Teniendo en cuenta lo expresado en los párrafos anteriores, la novela no sólo cuenta con dos narradores, sino que además, estos la imprimen desde sus propias percepciones, en donde cada uno tiene una posición frente a la modernización de los pueblos indígenas. La novela al contar con dos miradas diferentes, establece en los capítulos dos, cuatro y seis una posición occidental, en donde se promueve la modernización y el abandono de lo antiguo por lo actual -en cuanto a los capítulos uno y ocho, estos son los referentes geoespaciales-; por otra parte, en los capítulos tres, cinco y siete, hace presencia el sentir machiguenga, en donde Mascarita expone el regreso y apertura al entendimiento del mundo indígena de esta comunidad. Aún más, la obra pone de manifiesto, no solamente el choque de dos maneras diferentes de concebir el mundo, sino que además, citan el oficio del escritor como representante del legado moderno, y la oralidad como el medio distintivo de lo primitivo, en donde destaca la importancia de los medios de expresión en la acción de conservación de los pueblos.

De similar manera, los dos relatos ofrecidos por los narradores de la novela, están cargados de diversidad de elementos que tratan de definir y caracterizar cada una de las dos posturas -occidentales y machiguengas-, por tanto, lo moderno está representado por el hombre culto, que sabe escribir y leer, caso contrario al machiguenga, quien representa una cultura que no es moderna, caracterizada por su tradición oral, la escucha, el pensamiento colectivo. Por lo anterior, se plantea en un mismo escenario dos realidades del Perú, que se sintetiza en la acción modernizadora -compasiva y protectora- del mundo

occidental hacia la selva amazónica peruana, es decir, la invasión de la modernidad en el ser machiguenga.

Los dos relatos propuestos en la novela, se entrelazan en la medida en que Mascarita es el personaje mediador entre los dos mundos evocados, en donde el relato de Vargas Llosa, habla sobre como poco a poco Mascarita se pierde en el mundo indígena, por lo que esta historia es un recuerdo que es exorcizado por las ansias del narrador escritor de aproximar al lector sobre lo que era Mascarita y su desenlace. Por otro lado, la concepción machiguenga narrada por Mascarita, es un compilado de sentires del pueblo indígena desde sus mitos, y sus experiencias con el mundo del colonizador, a través de los relatos de “el hablador”.

De esta forma, la obra presenta el paralelo no sólo de lo occidental con lo latinoamericano, sino también, ese recordar propio del narrador forastero, con el hablar del narrador nativo, y es precisamente el habla el elemento que representa y significa en el pueblo machiguenga, en donde fácilmente se traslada a tiempos antiquísimos, pero asimismo, se superpone la experiencia mítica con el presente. Ahora bien, si los narradores exponen sus puntos de vista y opiniones propias de su condición, también, la historia, el relato, lo narrado se complementa tanto temáticamente como estéticamente, por lo que convergen en el destino de Mascarita.

Por medio de la evocación que hace Vargas Llosa de su amigo Saúl Zuratas -más conocido en la obra como “Mascarita”-, a través de una imagen de “un hablador” rodeado de machiguengas -pueblo indígena-, es como la historia comienza y va estableciendo una ruta temática, orientada en los principales intereses por develar un sin número de avatares vividos por Mascarita, quien se arraigó por convicción a los machiguengas, de la misma manera por sus estudios de etnología, y como este, es transformado en lo cultural, social, religioso, por una vida dedicada al mundo machiguenga, en donde él es uno más.

El hablador también es un intento por parte de Vargas Llosa -narrador- de comprender y tratar de configurar alguna explicación sobre el actuar de Mascarita, desde el principio de la historia, tiempo declarado como el presente -1985, Florencia-, hasta el final de la misma. El recordar de Vargas Llosa, concreta la historia a través de la evocación de Mascarita. El relato es una historia de amistad, en donde se significa el personaje de

Mascarita -de alguna manera a través de su descendencia judía e igualmente, el lunar que marcaba su rostro-.

La historia cuenta sobre la vida universitaria de Vargas Llosa y Mascarita, además, el interés que despierta para Mascarita el conocer y adentrarse en el mundo machiguenga, en contraposición a las opiniones dictatoriales de su padre y sus estudios de leyes. Así las cosas, el tema central que orienta el debate entre la posición occidental y la nativa, se establece en el hecho de la modernización de lo autóctono de la selva amazónica del Perú, de acuerdo a lo establecido por los modelos de “progreso y desarrollo” del hombre occidental. Entonces, de esta forma cada narrador aboga por su propia opinión, tratando de establecer los argumentos más válidos y correctos, en defensa de lo que consideran como lo mejor, es por ello, que Vargas Llosa pretende hacerle entender a Mascarita la importancia de la modernización de este tipo de pueblos, y por el contrario, Mascarita, a través de sus relatos e historias, involucra a Vargas Llosa en el ser machiguenga.

Es a partir de los viajes que realiza Vargas Llosa a la selva peruana que empieza a comprender de manera más clara la perspectiva machiguenga, y cómo esta comunidad concibe la vida, el mundo, el mito y la modernidad, posteriormente, la posición de Vargas Llosa narrador, defensor de la causa moderna, es quebrantada, tanto por lo que encuentra en su llegada en 1981, como por la desaparición de Mascarita.

En relación con lo anterior, Mascarita relata en sus intervenciones una serie de relatos mitológicos y cosmogónicos sobre el pueblo machiguenga, en donde describe la participación de los distintos habitantes de esta comunidad, en función de su experiencia en la selva, por lo que algunos de dichos relatos son experiencias propias, sin embargo, otras forman parte de lo narrado por miembros del pueblo. De este modo, al identificar a Mascarita como el gran emisor del ser y quehacer del pueblo, los machiguengas deciden apodarlo como “el hablador”, quien a través de las historias relatadas, expresa aspectos morales, éticos, sabios, y formadores -entre otros-.

Por otro lado, Vargas Llosa interviene en la obra teniendo presente sus experiencias vividas en los viajes a algunas zonas del Amazonas peruano, en donde inevitablemente no puede dejar de pensar en su amigo Mascarita. Una vez Vargas Llosa comprende los motivos y razones por las que este defiende

arrebataadamente al pueblo machiguenga, él se encuentra obligado a contar sobre el pueblo y sus habladores.

En *El hablador*, Vargas Llosa propone el diálogo y debate en cuanto a lo cultural y político que involucra su participación en el relato, pero aun así, va más allá, ya que propone una conversación entre Europa y América, entre lo “civilizado” y lo “salvaje”, entre lo “maduro” y lo “inmaduro”; así las cosas, la narración pasa de un contexto europeo como es Florencia, a un ambiente amazónico rico en mito. Asimismo, el autor propone la relación entre el novelista y el hablador, como creadores y relatores de mundos y realidades posibles, razón por la que, casi intencionalmente se destaca la importancia del hablador en la conservación del patrimonio oral de la comunidad machiguenga, en donde el “hablador” obtiene esa designación no fortuitamente, sino por el contrario, como resultado de su íntimo vínculo con la cultura, historia, sociedad, imaginarios, temores y demás que forman parte del pueblo.

Mascarita permite hacer el contrapunteo a Vargas Llosa, proponiendo el debate sobre el mestizaje cultural impuesto por el hombre europeo, invasor y aniquilador de los pueblos y su esencia; lo anterior, permite comprender que la obra en su totalidad, está cargada no sólo de sentimientos de admiración hacia los pueblos indígenas, especialmente el de los machiguengas, sino que también, evidencia la prodigiosidad de Vargas Llosa como autor, de contrastar lo investigado sobre esta cultura, y el elemento fantástico y mágico propio de su experiencia como latinoamericano.

En esa medida, vale la pena considerar todos los esfuerzos para Vargas Llosa, el establecer un personaje como Mascarita dentro de unas lógicas eurocentrista, que fuese comprensible y aceptado, desde la disposición asertiva de narrador, como mediador entre los dos mundos; por lo que el regresar de Mascarita a una vida más natural, entregada al pueblo machiguenga y dispuesta para este fin, no es un retroceso, sino por el contrario, una oportunidad para defender el ser y sentir de este pueblo, invadido por el hombre “nuevo”, “evolucionado”, “europeo”. El hablador se concibe en la obra, como aquel ser capaz de llegar a todos por igual, a través de su discurso mitológico, impregnado de su realidad y de su vida misma, en donde presenta el testimonio de un pueblo que no renuncia a sus creencias.